

Academia de Marinha, haber tenido que suspender el viaje. Pero es ese gran caballero tradicionalista que es Pepe Armas quien debiera contar todos estos detalles. Mi pluma demasiado teórica no alcanza a expresar los sentimientos como se debiera. A mí me basta evocar al amigo, al marino, al leal, al fiel.

ALBERTO WAGNER DE REYNA

No cabe duda de que el nombre de Alberto Wagner de Reyna venía aureolado en el mundo de la filosofía y la cultura hispanoamericana: discípulo de Heidegger en los años treinta, cultivador de una filosofía firmemente cristiana y hombre de mundo y de cultura mas no por eso menos arraigadamente hispánico. Antes de conocerle en persona le había leído no sé si con provecho pero al menos con devoción. La primera ocasión de encuentro vino facilitada por Gonzalo Fernández de la Mora y recuerdo muy gratamente la conversación madrileña al hilo de la presentación de un libro de un conocido común argentino. Sin embargo, hasta algún tiempo después no llegó la verdadera amistad. Y fue en París, donde don Alberto residía, tras haber desempeñado durante largos años la embajada de Perú ante la UNESCO y haber ocupado puestos relevantes en dicha organización. Fue Bernard Dumont, director de una de las revistas más excelentes del mundo católico, tradicional e incluso tradicionalista al tiempo que problemática respecto de los cambios sufridos por la Iglesia y el mundo en los últimos decenios, quien me condujo hacia el domicilio parisino del embajador, en la coqueta *rue des Marronniers*, en el *seizième*, concretamente en la zona de Passy y no lejos de la casa de Radio-France. Apartamento pequeño y elegante, apto para un matrimonio octogenario pero activo, «con pocos pero doctos libros juntos», don Alberto vivía interesado la actualidad política e intelectual, recibía la prensa peruana y a través del correo electrónico se comunicaba con un no pequeño número de corresponsales esparcidos a lo largo del mundo.

La entrevista parisina fue verdaderamente deliciosa y comenzó hablando de los «amigos» y, especialmente, de Alfredo Sánchez Bella, pues hombre de Cultura Hispánica eran muchas las vivencias que recordar. Pero también hablamos del padre Osvaldo Lira y de Jaime Eyzaguirre, chilenos, o del colombiano Enrique Gómez Hurtado... Definitivamente, a partir de ese momento, la visita a don Alberto se convirtió en obligada durante mis frecuentes viajes parisinos, cuatro o cinco todos los años. Y también, a veces, en Madrid, en casa de su hija Rosa, normalmente por Navidad. Yo le escribía un correo electrónico unos días antes previniéndole de mi llegada y su respuesta, casi inmediata, era siempre idéntica: «Magnífica noticia. Le espero en casa a almorzar o a cenar tal día». Con frecuencia el menú estaba compuesto de ostras y foie,

regado con vino blanco del Rin. Yo le mandé mis libros, los *Anales* de la Fundación, *Verbo*, y él me obsequió buena parte de su obra, que leí con fruición. Me acuerdo, por ejemplo, de sus memorias, *Bajo el jazmín*, que me regaló el jurista limeño y buen amigo Carlos Cárdenas, y que me hicieron honda impresión, pero también sus ensayos sobre el mundo hispánico, sus cuentos y novelas e incluso sus escritos históricos y diplomáticos. Dejaban traslucir a un hombre tradicional, quizá no tradicionalista, pues la saturación doctrinal le caía lejana, y la vida diplomática, no necesariamente impostada, sino natural, en todo caso introduce un punto de distancia, no exactamente coincidente con la ironía intelectual. Desde luego bien alejado del liberalismo, demasiado burgués para quien por actitud estaba más cerca del verdadero aristócrata y por convicción detestaba la plutocracia. En este sentido su preocupación por la pobreza y su significado y valor le hacían incompatible con el liberal aun conservador. Su hispanidad más que hispanismo también reforzaban su signo tradicional, poco proclive al nacionalismo, y comprensivo de la monarquía.

A este respecto recuerdo nuestras conversaciones sobre el Archiduque Otón de Austria, que conoció bien en los años cincuenta, y con quien cambió correspondencia frecuente, que tuvo la amabilidad de ofrecerme en fotocopia. Le divertía mi punto de radicalidad, que me llevaba a criticar la evolución del Archiduque, hijo del último emperador de Austria y de Doña Zita de Borbón Parma, hermana de nuestro Rey Don Javier. También hablamos muchas veces del carlismo, pues suscriptor de la Agencia FARO seguía el discurrir de nuestras actividades. Recuerdo que decía regocijado que el Rey de Francia era un español (según la interpretación hartamente discutible de los «legítimos», herederos espurios de los «blancos de España»), mientras que el de España era un francés (lo que tampoco era cierto más que en la legalidad administrativa del Estado liberal): Luis Alfonso y Don Sixto Enrique. Yo le explicaba largamente objeciones y razones, asunto que interesaba y mucho a su mujer, doña Victoria Grau, dama de gran cultura, descendiente directa del almirante Miguel Grau, el héroe de la Marina peruana, comandante del Huáscar, en el que halló la muerte su medio pariente chileno el Capitán de Fragata Arturo Prats. Un año antes de la muerte de don Alberto había tenido ocasión de visitar, de un lado, en Concepción, el Huáscar, que los chilenos exhiben, y de otro, en El Callao, la explicación que los peruanos ofrecen desde el Real Felipe. Visiones e impresiones contrapuestas que le conté a Alberto y Victoria en París, en el curso de una cena en su casa, y que nos dejaron alguna melancolía. Fue el carlismo quien nos devolvió a la alegría del combate, pues Victoria volvió a la carga con alguna cuestión relativa al mismo. He contado en la necrológica de don Alberto, redactada a toda prisa desde Lima precisamente para el ABC un par de días después de su muerte, cómo en una ocasión me preguntó incisivo por el porqué de tantos desvelos por el carlismo. Y mi respuesta, rápida, fue para que nuestras Españas no mueran del todo vencidas por la revolución burgue-

sa. Me dio un abrazo al tiempo que decía: «Pues cuente usted conmigo». Y es que la comprensión de la Causa como algo que supera el pleito dinástico y que enlaza directamente con la continuidad de las Españas y con la doctrina política tradicional frente a la liberal tiene mucho que decir al mundo de hoy, desfondado, especialmente a nuestro mundo hispánico, tan desmedulado en las dos orillas. Tan sólo en materias eclesiásticas discutíamos con calor. Aunque siempre con corrección. Yo, poco entusiasta de la *svolta* conciliar. Él siempre temeroso de la cerrazón integrista. En puridad sólo en algunos sectores hirsutos el integrismo se hace indigerible. Pero la cosa cambia cuando se presenta matizadamente y sin celo amargo. Recuerdo también su sorpresa cuando hablándome de su amistad con Gustavo Gutiérrez, con el que de milagro no coincidí un día en su casa, y de su poca simpatía por el cardenal de Lima, del Opus Dei, le vine a decir que en líneas generales me resultaba más odioso el moderado que el inconformista. Y que el error de Gutiérrez, como el de los teólogos de la liberación, no era otro que el de haber tratado de inculturar esa discrepancia con el mundo moderno desde el marxismo. Tampoco logré nunca comprender, fuera de la deformación profesional, su aprecio por la UNESCO, verdadera institución masonizada. Él escuchaba mis razones con paciencia para tratar luego de quitarles hierro. Los recuerdos se me agolpan. Para mi desgracia no tomé las debidas notas de aquellas conversaciones de toda estación y mi memoria empieza a flaquear. En cada viaje posterior a París he echado muy especialmente en falta la visita y la conversación con ese gran caballero y cristiano ejemplar que fue Alberto Wagner de Reyna.

MIGUEL AYUSO